

»—María, hija mía, ¿no me conoces? ¿No soy yo Abraham, que fué para ti un segundo padre?

»La cogió una mano exhortándola toda la noche al arrepentimiento y á la penitencia, cuidando mucho de no desesperanzarla. Sin cesar la repetía: «¡Hija, sólo Dios es impecable!»

»María era naturalmente bondadosa. Consintió en volver á su lado. Al amanecer se fueron. Ella quería llevar sus trajes y sus joyas, pero el santo varón la hizo comprender que era más oportuno dejarlas. La subió sobre su caballo y la condujo á su cabaña, donde reanudaron su vida de penitencia. Pero entonces cuidó mucho el santo varón de que el cuchitril de María no tuviese puerta al campo, y de que no se pudiera salir de él sin pasar por el suyo, con lo cual y la gracia de Dios, guardó su oveja.

»Tal es la historia de San Abraham»—dijo mi buen maestro mientras cogía un vaso de vino.

—Es bellísima—dijo mi padre—y la desgracia de esa pobre María ha inundado en lágrimas los ojos.

III

LOS MINISTROS DE ESTADO

(Conclusión.)

Aquel día nos sorprendimos mucho mi buen maestro y yo, al ver en casa del señor Blaizot, en la *Imagen de Santa Catalina*, á un hombrecito amarillento y flaco, que era el célebre libelista Juan Hibou. Teníamos varias razones para creerle en la Bastilla, donde vivía generalmente, y si no dudamos en reconocerle, fué porque su rostro conservaba aún la tristeza y la humedad de los calabozos.

Hojeaba con mano temblorosa, bajo la mirada inquieta del librero, las obras recientemente llegadas de Holanda. El señor Jerónimo Coignard le saludó quitándose el sombrero con una gracia natural que hubiera resultado más notoria si el sombrero de mi buen maestro no hubiera sido abollado en una disputa sin consecuencias que

sostuvimos la víspera por la noche bajo el emparado de *El Joven Baco*.

Habiendo manifestado el abate Jerónimo Coignard lo mucho que le regocijaba encontrarse de nuevo con tan ingenioso personaje.

—No será para mucho tiempo—respondió Juan Hibou—. Me ausento de esta tierra, donde me es imposible vivir. No podría respirar durante más tiempo el aire putrefacto de la ciudad. Dentro de un mes estaré establecido en Holanda. Es muy cruel verse obligado á soportar á Fleury después de Dubois, y tengo excesiva rectitud para ser francés. Estamos gobernados por leyes erróneas, por imbéciles y por bribones, y no puedo tolerarlo.

—Es indudable—dijo mi buen maestro—que los asuntos públicos están mal dirigidos y que hay mucho ladrón en funciones. Los tontos y los malvados comparten el poder, y si algún día me decido á escribir acerca de los problemas de nuestro tiempo haré un librito semejante al *Apolokokyntose*, de Séneca, el filósofo, ó á nuestro *Sátiro Menippéo*, que es bastante deleitable. Ese estilo ligero y grato conviene mejor á tal materia que la rigidez morosa de un Tácito, ó que la gravedad paciente de un Thou. Sacaré de mi

libelo copias manuscritas que pasarán de mano en mano bajo capa, y se verá en ellas un gran desprecio filosófico de los hombres. Las gentes, acomodadas, en su mayoría se irritarán; pero algunos, según creo, sentirán un placer íntimo al verse cubiertos de infamia. Así lo deduzco de lo que oí decir á una señora muy bien nacida que conocí en Séez cuando yo era bibliotecario del señor obispo. Aunque de avanzada edad, estremeciase recordando sus desenfrenados libertinajes, pues debo advertirle que durante veinte años fué la corretona más célebre de toda la Normandía. Y como yo la interrogara acerca de cuál había sido el placer que más vivamente sintió:

»—Ha sido—respondióme—verme deshonrada.

»Por aquella contestación comprendí que era grande su delicadeza. Quiero pensar lo mismo de tal ó cual ministro, y si alguna vez escribo contra ellos, será para adularlos en sus vicios y en sus infamias. Y ¿para qué diferir la ejecución de tan hermoso proyecto? Voy á pedir al señor Blaizot un pliego de papel para escribir el primer capítulo del nuevo *Menippéo*.

Y extendió el brazo hacia el señor Blaizot, pero Juan Hibou le detuvo repentinamente.

—Reservad, señor abate—dijo—, tan hermoso proyecto para Holanda, y veníos conmigo á Amsterdam, donde podré emplearos en casa de algún cafetero ó bañero. Allí tendréis bastante libertad, pudiendo escribir de noche vuestro *Menippéo* en la esquina de una mesa, mientras que en otra yo compondré mis libelos. Serán mordaces, y quién sabe si con nuestros esfuerzos no conseguiremos cambiar en algo los asuntos del reino. Los libelistas tienen más parte de la que se cree en la caída de los Imperios. Preparan las catástrofes que los pueblos amotinados consuman.

«¡Qué triunfo—exclamó con voz que silbaba entre sus dientes negros, roídos por el acre humor de su boca—, qué alegría si consiguiera ani- quilar á uno de esos ministros que vilmente me han encerrado en la Bastilla! ¿No deseáis, señor abate, asociaros á tan hermosa obra?

—De ningún modo—respondió mi buen maestro—. Soy incapaz de cambiar en nada la forma de gobierno, y si creyera que mi *Apokolokyntose* ó *Menippéo* pudiera tener semejantes consecuencias, no la escribiría jamás.

—¡Cómo!—exclamó el libelista despechado—, ¿no me decíais hace un momento que nuestro go- bierno era muy malo?

—Ciertamente—dijo el abate—. Pero imito la prudencia de aquella vieja de Siracusa que en tiempos en que Denys era odiado por su pueblo, iba diariamente á rogar á los dioses por la vida del tirano. Enterado de tan singular piedad, Denys quiso conocer las razones que la inspira- ban, y mandando llevar á su presencia á la buena mujer, la interrogó.

»—Ya no soy joven—respondió ella—, he vi- vido bajo el dominio de muchos tiranos, obser- vado siempre que á uno malo sucedía otro peor. Tú eres el más detestable de cuantos he cono- cido, por lo que deduzco que tu sucesor será si es posible más perverso que tú, y por eso pido á los dioses que tarden en enviarnoslo el mayor tiem- po posible.

»Aquella vieja era muy sensata y juzgo como ella, señor Hibou, que los corderos hacen bien dejándose esquilarse por su viejo pastor, temerosos de que otro nuevo los esquilara más aún.

Las bilis de Juan Hibou, revuelta por aquel discurso, desahogábase con frases amargas.

—¡Qué ideas tan cobardes! ¡Y qué indignas má- ximas! ¡Oh! señor abate, sois muy poco amante del bien público, y no merecéis la corona de laurel prometida por los poetas á los ciudadanos

valerosos! Deberíais haber nacido entre los tártaros ó los turcos, esclavo de un Gensiskan ó de un Bajazet, y no en Europa, donde se enseñan los principios del derecho público y de la filosofía. ¡Cómo! ¿Sufrís la tiranía de un gobierno indigno sin desear siquiera cambiarlo? En una república creada por mí, tales sentimientos serían castigados con el destierro y con la relegación. Sí, señor abate; en la Constitución que medito y que estará basada en las máximas de la antigüedad, incluiré un artículo para el castigo de los malos ciudadanos como vos, y para el de todos aquellos que pudiendo mejorar el Estado no lo hagan.

—¡Eh, eh!—dijo el abate riendo—; con semejante proceder no me haréis sentir deseos de habitar vuestra Salento. Por lo que habéis dicho imagino que todos allí se verán obligados á obedeceros á ciegas, Juan Hibou—añadió sentenciosamente.

—Sólo se verán obligados á ser virtuosos.

—¡Ah—dijo el abate—, qué razón tenía la vieja de Siracusa y cuánto debemos temer á Juan Hibou después de Dubois y Fleury! Me prometéis, caballero, un gobierno de violentos y de hipócritas, y para apresurar el efecto de vuestras promesas me animáis á que me haga cafetero ó ba-

ñero en un canal de Amsterdam. ¡Muchas gracias! Me quedo en la calle de San Jacobo, donde se bebe vino fresco, criticando á los ministros. ¿Pensáis seducirme ofreciéndome la ilusión de un gobierno de gentes honradas, que rodean las libertades con tales defensas que no permiten disfrutarlas?

—Señor abate—dijo Juan Hibou acalorándose—, ¿es honrado atacar á una organización nacional que he concebido en la Bastilla y que vos desconocéis aún?

—Caballero—repuso mi buen maestro—, desconfío mucho de los gobiernos concebidos entre cábalas y motines. La oposición es una mala escuela de gobierno, y los políticos avisados que por ese medio consiguen su propósito, tienen muy buen cuidado de gobernar con máximas completamente opuestas á las que anteriormente profesaron. Eso se ha visto en China y en otras partes. Las mismas necesidades á que estaban sometidos sus predecesores los arrastran, y sólo ofrecen como novedad su inexperiencia. Esta es una de las razones que me hace augurar que un gobierno nuevo será más inoportuno que el actual, sin diferenciarse mucho de él. ¿No lo hemos experimentando ya?

—¿De modo—dijo Juan Hibou—que sois partidario de los abusos?

—Estáis en lo cierto—respondió mi buen maestro—. Los gobiernos son semejantes á los vinos, que se suavizan y aclaran á fuerza de tiempo. Los más ásperos pierden á la larga parte de su dureza. Temo el primer verdor de un imperio tanto como la novedad áspera de una república. Y puesto que es inevitable que vivamos mal gobernados, prefiero príncipes y ministros que hayan perdido ya sus primeros ardores.

Juan Hibou, encasquetándose el sombrero, hasta las narices, se despidió con voz irritada.

Cuando se hubo marchado, el señor Blaizot, levantando los ojos de sus libros y asegurando sus antiparras, dijo á mi buen maestro:

—Pronto hará cuarenta años que soy librero en la *Imagen de Santa Catalina* y siempre me ha causado gran alegría escuchar las opiniones de los sabios que frecuentan mi tienda. Pero me desagradan las dicusiones acerca de asuntos políticos. La gente se excita y sus disputas á nada conducen.

—Ciertamente—dijo mi buen maestro—en esa materia no hay apenas principios sólidos.

—Por lo menos hay uno que nadie se atreverá á

discutirme—respondió el señor Blaizot—. Afirmo que sería preciso ser mal cristiano y mal francés quien se atreviese á negar la virtud de la Santa Ampolla de Reims por la unción de la cual nuestros reyes son instituídos vicarios de Jesucristo en el reino de Francia. Tal es el fundamento de la monarquía, que no se quebrantará jamás.